Dos meses de vida,
dos miradas al sol,
y un viaje hasta Badajoz
nos cambió el corazón.

Eran dos cachorros pequeños,
dos bolitas de algodón,
aquella tarde nos elegían
para siempre a los dos.

Desde entonces nuestra casa
nunca volvió a ser igual,
había patas por el suelo,
había juguetes por detrás.

Había risas, había juegos,
había un mundo por descubrir,
y dos perros de agua
enseñándonos a vivir.

Una era rubia y valiente,
con carácter y dignidad,
si respetabas sus silencios
te regalaba su bondad.

El moreno llegó haciendo ruido,
como un resorte al saltar,
parecía que se nos iba
y decidió que no se iba a marchar.

¡Qué suerte la nuestra!
¡Qué suerte teneros!
Dos perros de agua,
dos trozos de cielo.

Nos llenasteis la casa,
nos llenasteis de amor,
y aunque pasen los años
seguís dentro del corazón.

¡Qué suerte la nuestra!
¡Qué suerte encontrarnos!
Nosotros os elegimos
y acabamos adoptados.

Y si existe un paraíso
yo ya sé cómo será:
dos perros corriendo
y nosotros detrás.

Ella era buena y era noble,
pero sabía poner ley,
un poquito desconfiada,
un poquito “a mí ni me toqueis”.

Pero cuando quería mimos
se quedaba junto a ti,
y aquel corazón tan grande
no sabía mentir.

Luego llegaron los años,
y la luz empezó a faltar,
pero aprendió otros caminos
para querernos igual.

Y aunque la enfermedad fue injusta,
aunque doliera verla luchar,
hay perros que dejan una huella
que nadie puede borrar.

¡Qué suerte la nuestra!
¡Qué suerte teneros!
Dos perros de agua,
dos trozos de cielo.

Nos llenasteis la casa,
nos llenasteis de amor,
y aunque pasen los años
seguís dentro del corazón.

¡Qué suerte la nuestra!
¡Qué suerte encontrarnos!
Nosotros os elegimos
y acabamos adoptados.

Y si existe un paraíso
yo ya sé cómo será:
dos perros corriendo

y nosotros detrás.

Y el pequeño superviviente
que no quería ni crecer,
hoy se cree dueño del mundo
y no sabe envejecer.

Tiene alma de golfo,
de payaso profesional,
un poco cascarrabias ahora,
pero imposible de enfadar.

Nuestro pequeño “galochillo”,
nuestro rey de la diversión,
sigue haciendo de las suyas
y robándonos el corazón.

¡Qué suerte la nuestra!
¡Qué suerte teneros!
Dos perros de agua,
dos trozos de cielo.

Uno corre en nuestros recuerdos,
otro todavía está aquí,
pero los dos para siempre
forman parte de vivir.

¡Qué suerte la nuestra!
¡Qué suerte encontrarnos!
Dos cachorros de agua
y acabamos adoptados.

Y si existe un paraíso
yo ya sé cómo será:

dos perros corriendo,
el sol por detrás,
una rubia valiente,
un golfo detrás,
y nosotros riendo
sin querer despertar.

Dos meses.
Dos cachorros.

Nuestros perrijos.
Una vida.

Una se fue demasiado pronto.
El otro sigue aquí.
Pero los dos nos enseñaron lo mismo:
que suerte es querer así.

Y qué suerte la nuestra.
Qué suerte.
Qué suerte.
Qué suerte teneros aquí.